

Las Casas y el arte indígena

Por Jorge Alberto MANRIQUE

En diversas ocasiones, algunos autores han tratado de la visión que los conquistadores y los primeros cronistas tuvieron acerca del arte que encontraron en la Nueva España. Particularmente Justino Fernández e Ida Rodríguez Prampolini han escrito sobre ese tema¹ y han mostrado cómo en esas visiones se combinan diferentes elementos en proporciones variables según cada cronista: la desconfianza frente a formas artísticas que les eran ajenas y les resultaban sorprendentes; la admiración positiva frente a la perfección de algunas obras, de las que no pueden menos de alabar la habilidad en la manufactura; la aceptación de un cierto naturalismo del arte azteca, que no reñía tanto con lo que el ojo europeo estaba acostumbrado a ver; el repudio de las representaciones de dioses, en donde interviene una razón religiosa; etcétera. Justino Fernández ha glosado también lo que aquellos primeros cronistas u otros un poco posteriores expresaron acerca del arte indígena de los primeros años que siguieron a la Conquista.²

Sin embargo, en los estudios a que hacemos alusión no se ha incluido nunca la visión de fray Bartolomé de las Casas. Su exclusión parece justificada por dos razones principales: que él no es considerado cronista de primera mano, y que aquello que escribió sobre México ocupa una parte menor en toda su obra, es decir, que no es un cronista que se haya dedicado específicamente a las cosas de Nueva España.

No obstante, la importancia de una figura de la talla de fray Bartolomé de las Casas nos invita a tratar de urgar y ponderar en su obra aquello que se refiere a las artes de los indios del Anáhuac, para sumar los resultados de esa encuesta a lo que sobre otros escritores ha sido dicho.

Las Casas, es verdad, no puede considerarse un cronista de primera mano en muchos casos. Sus estancias en México fueron en 1532, 1538-40 y 1547, aparte de su residencia en el obispado de Chiapa de 1545 a 1547; no es, pues, un testigo presencial de importancia, ya que para aquellos años pocas de las obras de los indios eran visibles, y ninguna en su prístino esplendor. Por otra parte, Las Casas nunca conoció —tal vez por una limitación personal, tal vez por tener la cabeza metida en otras cosas— ninguna lengua indígena, ni siquiera las de Santo Domingo o de Cuba donde residió largo tiempo, y de ello se duele a menudo en sus escritos; de suerte que estaba imposibilitado para recabar información de boca de aquellos indios que habían vivido bajo el régimen de los *tlatoani* y habían servido de informantes a Motolinía o servirían a Sahagún. Todo esto aparte de que, continuamente pleiteando, viajando, haciendo representaciones, entregado a sus proyectos de evangelización pacífica o reuniendo juntas eclesiásticas, poco tiempo habría podido tener el obispo de Chiapa para andar con indagaciones demasiado prolijas. Todo esto no obstante, cuando en 1552, en el monasterio de San Gregorio de Valladolid, apaciguado en su manía de actividad práctica y renunciado el obispado chiapaneco, se puso en serio a escribir su *Historia* y su *Apologética historia* que de aquella se habría de desprender, había conseguido reunir una cantidad considerable de información y seguía procurándose la por todos los medios posibles. Esa información acerca de las sociedades indígenas quedaría consignada en la *Apologética*. Por lo que toca a México, en ella están vaciadas partes de las obras de Cortés, Gómara, Motolinía, Martín de la Coruña, Alcóbiz. Pero también hay una serie de informaciones de mayor novedad: la obra conserva trozos de la relación perdida de fray Andrés de Olmos; la primera información sobre los totonacas, que a él le entregara su autor, aquel paje que Cortés dejó a vivir en Cempoala; aquella relación sobre los habitantes de Tabasco y Yucatán que le había dado el clérigo Francisco Hernández nombrado por él mismo su vicario cuando, atravesando el Istmo, se dirigía a su sede episcopal; y mucha otra información que ahora resulta difícil distinguir y determinar, conseguida de algunos cronistas que accedían a enviarle el resultado de sus pesquisas; etcétera. Es decir, Las Casas recopiló una serie de informaciones que otros habían recogido directamente —y para algunas de ellas es su testimonio el único que se conserva— y las compuso dentro de una visión general que él tenía acerca del indio.

Al ser utilizadas dentro de sus escritos, las relaciones de que se sirvió Las Casas adquieren un carácter de alguna manera diferente, cualquiera que sea el tema que traten; así, si se refieren a aspectos artísticos, aquellas noticias se nos presentan

con un sentido en cierto modo diverso: eso es lo que nos interesa deslindar si queremos aproximarnos a la visión que del arte indígena tenía Las Casas.

Cuando Las Casas copia algún testimonio acerca de la vida de las comunidades prehispánicas, no lo hace, generalmente, de una manera literal. Él mismo nos dice que muda "algunos vocablos y estilo",³ y es claro que esos cambios de estilo no son de ninguna manera intrascendentes, sino que implican cambios pequeños pero esenciales, no en la información, desde luego, pero sí en el sentido que esa información tiene al ser referida. Una comparación entre los textos conservados en la obra de Las Casas y los textos que conocemos entre los que le sirvieron de fuente, permite apreciar la gran cantidad de cambios introducidos: las supresiones (cuando le parecieron algunas cosas poco pertinentes a su propósito), las alteraciones en cifras (a menudo abultadas por el dominico), la adjetivación diferente (que desde luego implica alteración en la calificación de lo que se dice), y, sobre todo, el gran número de comentarios propios y de juicios intercalados, con los cuales Las Casas da un sentido específico a aquellas noticias que recoge. Es precisamente en esas alteraciones, comentarios y juicios donde hay que buscar la visión lascasiana de lo indígena, y en nuestro caso, será ahí donde habrá que encontrar el material para desentrañar su visión del arte indígena.

Las Casas no únicamente se refiere al arte prehispánico, sino que a menudo nos habla del arte de los indios después de la llegada de los españoles. Otro tanto hace en los demás temas relativos a la vida indígena; para él, lo que los indios hacían después de la Conquista —y aún considerando la situación de sojuzgamiento que tanto le irritaba— era una instancia válida para juzgar lo que habían hecho en época de su gentilidad. En este terreno la opinión de Las Casas sí es muchas veces de primera mano, puesto que eso sí lo vio y lo vivió, por lo que hace a México, durante sus estancias en la Nueva España en la primera mitad del siglo XVI. Los datos y comentarios referidos a esto deben también incluirse dentro de su visión del arte indígena.

Los puntos, pues, en donde la obra de Las Casas ofrece interés para el tema de que aquí se trata son tres: aquellas partes en donde nos presenta acerca de las artes prehispánicas datos no registrados por otros autores; aquella parte que toca a las artes de los indios en época posterior a la Conquista, y en donde hay el testimonio de una experiencia directa de Las Casas; y sobre todo las opiniones y juicios de que deja constancia,



Tlaltecuhltli, dios de la tierra y de los muertos

ya sean insertos en relaciones no conocidas, en sus observaciones personales o en relaciones de otros autores que él incluye en su obra.

Lo primero que importa destacar al entrar en nuestro tema es que en Las Casas hay un optimismo básico en su apreciación de cualquier cosa referente a los indios. Indudablemente no es él el único autor que muestra simpatía hacia los habitantes indígenas del Nuevo Mundo. Entre Olmos y Sahagún, pasando por Motolinía y Zorita, hay una larga serie de autores que muestran al indio bajo una luz favorable. Y sin embargo, la situación de Las Casas en este aspecto es singular, no sólo porque su visión sea particularmente optimista, sino porque en él hay una preocupación teórica diversa a la de los demás. Motolinía y otros se preocupan por mostrar que en el indio no sólo había los defectos, sino también una serie de virtudes, y se empeñan en hacer ver que incluso aquellos defectos no eran tan graves como se decía; su preocupación es la de mejorar la visión radicalmente negativa que del indio se tenía, pero sin alterar la base del concepto. En cambio Las Casas no se empeña únicamente en corregir tal o cual detalle de opinión (por más que también lo haga), sino en darnos una visión del indígena radicalmente opuesta y básicamente diferente. Para él no se trata de paliar y matizar una idea negativa del indio, sino de afirmar una idea positiva. De modo que los términos, en Las Casas, son particularmente extremos. Mientras que en los demás se trata de mostrar un indio estructuralmente defectuoso (aunque en menor grado de lo que comúnmente se reconocía), pero susceptible de ser mejorado, para el primer obispo de Chiapa se trata de mostrar un indio virtuoso (sin más defecto en su gentilidad que ése precisamente, el de ser gentil), incluso en muchos aspectos superior en virtud al europeo. Su visión optimista, pues, es diversa esencialmente, no sólo en grado, a la de los otros autores. Y, en lo que respecta a nuestro tema, lo que importa hacer destacar es, justamente: ¿cómo funciona ese optimismo básico —y desafortunado— del padre Las Casas en lo tocante a las artes?

El gran tratado teórico en que Las Casas expuso sistemáticamente su pensamiento acerca del idio es su *Apologética historia*.⁴ Si en toda su obra, ya sea en los tratados, las representaciones, protestas y cartas, y, desde luego, en su *Historia de las Indias* —lo mismo que en su actividad práctica— puede entenderse lo que Las Casas pensaba sobre los habitantes de América, seguramente en ningún texto su pensamiento está tan clara, rigurosa y sistemáticamente expuesto como en la *Apologética*. En esta obra se propuso "cognoscer todas y tan infinitas naciones deste vastísimo orbe [del Nuevo Mundo]";⁵ en ella "se averigua, concluye y prueba haciendo evidencia ser todas... de muy buenos, sotiles y naturales ingenios y capacísimos entendimientos",⁶ para llegar a la conclusión de que "a muchas y diversas naciones que hobo y hay hoy en el mundo, de las muy loadas y encumbradas... se igualaron, y a las muy prudentes... con no chico exceso sobrepusieron".⁷ Si, pues, la *Apologética* es el texto clave para entender lo que Las Casas entendía de los indios, en todos aspectos, convendrá aclarar el sitio que el quehacer que nosotros llamamos artístico tiene dentro de la exposición optimista que del indio americano hace.⁸

Para mostrar que los indios tienen el pleno uso de razón, y que es vituperarlos decir lo contrario, Las Casas se vale de tres argumentos principales, todos ellos fundados en la filosofía peripatética. El primer argumento consiste en un razonamiento de base: puesto que los indios son hombres, tienen el uso cabal del entendimiento, ya que esta cualidad es precisamente distintiva de la condición humana, y no hace defecto más que por monstruosidad.⁹ Los otros dos argumentos son una prueba de ese primero; el segundo consiste en mostrar que en el Nuevo Mundo se dan las mejores condiciones para el desarrollo humano, y que los indios tienen las óptimas características físicas, de donde se desprende que tienen ánimas con las mejores cualidades, entre ellas la más sutil capacidad de entendimiento. Pero aparte de esa prueba *a priori* sobre la bondad de la razón indiana, que no ocupa en la *Apologética* más que los primeros 40 capítulos de un total de 268, Las Casas presenta de su teoría una gran prueba *a posteriori*: ésta es la descripción de las sociedades indígenas y su comparación con otras sociedades.¹⁰ Dentro de esta demostración fray Bartolomé considera, siempre aristotélicamente, las tres prudencias que caracterizan al hombre (monástica, económica y política), y, dentro de la prudencia política, las partes o "clases de hombres" que son necesarias para la existencia de una sociedad perfecta en lo humano, a saber: labradores, artesanos, guerreros, ricos hom-

bres, sacerdotes y magistrados. Es precisamente esta última parte de la demostración lascasiana sobre la cabal racionalidad de los indios la que interesa para nuestro tema, pues en ella aparece la descripción de las sociedades indígenas. Descripciones, comentarios y juicios sobre las obras que nosotros consideramos artísticas las encontramos en la presentación de las ciudades, en las secciones dedicadas a los guerreros, magistrados y ricos hombres, pero más especialmente en la sección de los sacerdotes (que comprende la religión y el culto) y, sobre todo, en lo referente a los artifices y artesanos.

Si la existencia de las clases de hombres que hemos citado, y su perfección, es necesaria para la demostración que Las Casas hace de la excelencia de las sociedades indias y de la sutileza de entendimiento de todos los habitantes del Nuevo Mundo, es claro que necesariamente mostrará una opinión positiva al referirse a sus obras. Especialmente, si la clase de los artesanos constituye una pieza indispensable en su argumentación, sin duda la visión que de ellos y sus obras nos dé el dominico tenderá a ser halagadora.

Así planteadas las cosas, el problema sobre la visión lascasiana del arte indígena puede plantearse de la siguiente manera: en Las Casas hay un optimismo básico, radical, acerca de la naturaleza del indio, que para él no sólo no tiene tantas deficiencias como se le atribuyen, sino que excede en cualidades a muchas otras gentes; pero todavía más que eso, las obras de los indios *deben* parecerle buenas por una necesidad lógica dentro de su razonamiento, supuesto que su intento de demostración *a posteriori* quedaría de otro modo cojo, y trunca la triple prueba sobre el buen entendimiento de las indianas gentes; y sin embargo, dado que Las Casas es un hombre de su tiempo, no puede no estar imbuido de una serie de ideas (entre ellas las estéticas) propias de ese tiempo; pertenece a estructuras mentales determinadas y dentro de las cuales no tiene más que un pequeño margen de movimiento. Puesto que es un europeo, con cultura europea y a caballo entré la Edad Media y el Renacimiento, juzgará las cosas (y entre ellas las obras de arte) precisamente a partir de la perspectiva que le ha sido dada. Se encuentra, por lo tanto, en una situación conflictiva. Quiere y necesita juzgar favorablemente las obras artísticas de los indios, y sin embargo está encerrado en una serie de limitaciones que se oponen a ello. Veamos, pues, de qué manera se maneja Las Casas ante ese problema.

Que el padre Las Casas tiene, en primera instancia, una dificultad de base para apreciar un arte ajeno y tan diferente nos parece obvio. Aunque seguramente nunca se lo planteó conscientemente a sí mismo, es indudable que su ideal de belleza era un ideal, si no completamente renacentista apolíneo, sí por lo menos naturalista, tal vez en consonancia con el arte realista del siglo xv. Si bien la *Apologética* fue escrita en la sexta década del siglo xvi, cuando ya el Renacimiento había alcanzado España y en Italia comenzaba a hacerse manierismo, es muy creíble que estuviera más de acuerdo con el arte anterior, que había visto en su juventud, y que le resultara demasiado pagana la nueva tendencia; tanto más cuanto que si en otros órdenes del pensamiento Las Casas se conservó más bien ligado a su pasado inmediato que a las corrientes renovadoras, no hay por qué pensar que no fuera lo mismo en lo que a gusto artístico se refiere. Y no hay que olvidar tampoco que en mil ocasiones nos da muestras el dominico de su violento repudio a todo lo que pudiera oler a erotismo o simplemente a sensualidad, de donde puede suponerse que no viera con muy buenos ojos las licencias que el arte italiano y filoitaliano se permitía. De cualquier forma, y aún con la presencia de la Edad Media, Las Casas pertenecía a un ámbito cultural naturalista. De modo que necesariamente había en él un repudio hacia lo que no correspondiera a esa manera. Así por ejemplo, hablando de los indios de Santo Domingo, de su religión y de sus representaciones de divinidades, nos dice que "cortaban el árbol y hacían dél una estatua o ídolo, de mala figura, porque comúnmente hacían las caras de gesto de monas viejas regañadas".¹¹

A Las Casas se le ha acusado mucho de exagerado y mentiroso, y a veces con razón. Y sin embargo tampoco es verdad que altere tanto ni tan frecuentemente los datos como algunos autores han creído. En muchas ocasiones, cuando encuentra entre los indios algo negativo y que él no puede aceptar, lo confiesa; pero tiene al mismo tiempo casi siempre una salida airoso: al reconocer el yerro de los indios, encuentra que otras gentes han errado tanto o más en la misma cosa o en otra parecida, de modo que aquello de los indios, si bien es lamentable, de ninguna manera los coloca en situación de inferioridad. En otras situaciones en que se encuentra en situación comprometida, Las Casas recurre al expediente de consignar el dato molesto, pero dándole un carácter dubitativo por la sabia inter-



Braseiro en terracota ocre



Xiuhteculli

calación de un "dicen" o de un "algunos dicen": de este modo queda en bien con su conciencia y al mismo tiempo salva la situación negándole categoricidad al hecho. De estos dos expedientes se sirve también Las Casas cuando no puede justificar alguna obra artística de los indios.

La penetración de Las Casas al arte indígena se hace por las vías de acceso que le están más a la mano. En primer lugar puede aceptar plenamente, sin problemas, todo lo que sea arquitectura, puesto que en ese caso no entra en conflicto directo con su idea naturalista. Si bien los cánones de la arquitectura indígena estaban muy lejos de los de la arquitectura europea, resultaba de cualquier modo mucho más sencillo apreciarla; en efecto, en este arte hay un importantísimo elemento utilitario, que cualquiera puede juzgar independientemente de las ideas propiamente estéticas, y esa apreciación puede ser la entrada de flanco para llegar a aceptar la arquitectura desde el punto de vista artístico.¹²

Lo primero que alaba el padre Las Casas son las ciudades, cuyos conjuntos arquitectónicos le parece que aventajan a las ciudades de Europa:

Verla por de fuera esta ciudad [de Cholula] viniendo de Tlaxcala, por ser tan torreada y de grandes y hermosísimos edificios, cierto en España pocas ciudades hay que en hermosura y asiento y frecuencia de población le hagan ventaja, y aun quizá no hay a qué comparalla, y aun hoy que tenía hasta diez mill vecinos y toda la grandeza de los edificios que tenía está asolada, verla viniendo de Tlaxcala es cosa deleitosa contemplalla.¹³

Refiriéndose a Cempoala nos habla de sus edificios:

...con los edificios de casas reales, de templos, de patios, de torres y de otras muchas cosas... tantas y tales y tan bien edificadas... hermoeadas y adornadas, que los nuestros que al principio allí fueron, como fuera de sí admirados y de mirar tales edificios y de contemplar su postura y hermosura por muchos días no se cansaban...¹⁴

Y su admiración y alabanza no decrecen lo más mínimo cuando se ocupa de describir las ciudades de Yucatán:

...los edificios admirables que tenían y que hoy están harto claros, no parece que son menos dignos de admiración que las pirámides; habíanlos tantos y tales y tan grandes, y en ellos cosas tan señaladas y de notar que parece haber sido imposible por hombres edificarlos... tienen algunos de circuito de media legua y no mucho menos, y vanse hacia lo alto enangostando, cuasi como las pirámides. Parece que millares de gente no podían haberlos edificado en cincuenta años...¹⁵

El otro acercamiento posible de Las Casas al arte indígena es el que hace a las manifestaciones artísticas que podríamos llamar artesanales, puesto que ahí no existe —o existe en menor grado— el impedimento religioso que limita toda posibilidad de alabanza de las grandes representaciones de dioses. Por otra parte, es en los trabajos pequeños en donde el arte azteca, por ejemplo, se muestra más cercano a un naturalismo que no chocaba con la idea de Las Casas en lo que se refiere a la representación de la naturaleza. Entre los artesanos, nuestro autor alaba sobre todo la gran habilidad, cualquiera que sea la técnica que emplee:

...la multitud y diversidad de oficios y oficiales que hay [en la Nueva España] no fácilmente se hallará quien todos y cuán primos y sotiles o delicados sean, los recite, encareciéndolos según debería, los cuente...¹⁶

Al tratar de la platería vuelve a aparecer el parangón con Europa que, desde luego, favorece a los indios:

...Obras han hecho y hacen de toda otra sotileza que otros en cualesquiera partes de nuestra Europa tenga y hagan extrañas, y lo que más las hace admirables, que las labran con sólo fuego y con una piedra o pedernal... Hacían aves, hacían animales, hacían hombres, hacían ídolos...¹⁷

El arte de la plumaria es desde luego encarecido por Las Casas, y la habilidad de los artífices amantecas en este para los europeos raro oficio le sirve, como tantas otras cosas, para mostrar la ventaja que los indios americanos tienen sobre otros pueblos:

...pero lo que parece sin duda exceder a todo ingenio humano y a cuanto todas las otras naciones del mundo será más nuevo que raro, tanto más debe ser admirado y estimado, es el oficio y arte que aquellas gentes mexicanas tan bien y perfectamente obrar saben, de hacer de pluma natural, con sus mismos naturales colores asentada, todo aquello que ellos y otros cualesquiera pintores pueden con pinceles pintar...¹⁸

Desde luego, ahí donde un asidero de tipo naturalista se ofrece, no lo desprecia Las Casas y lo hace resaltar como una muestra más de ingenio y perfección:

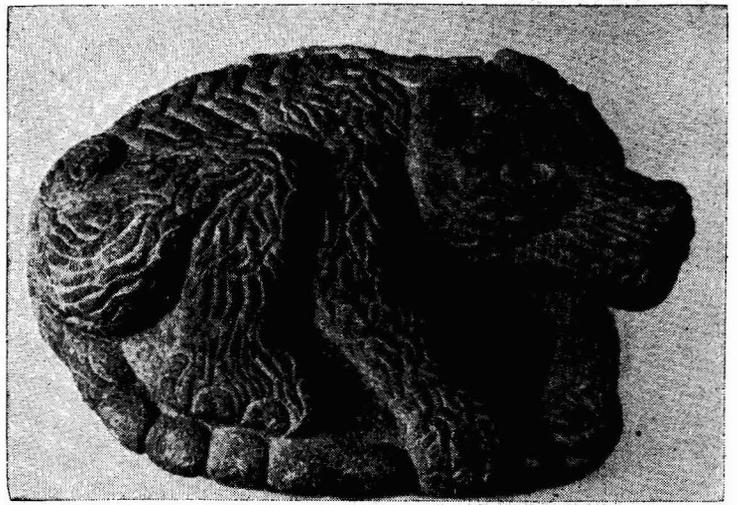
...antes que los cristianos allí entrásemos hacían deste oficio y arte cosas perfectas y maravillosas, un árbol, una rosa, una yerba, una flor, un animal, un hombre... tan al propio que no era menos sino que se contrahacía una cosa viva; y si era cosa natural la que querían representar, parecía natural, por los cuales ofertos mostraban bien la sotileza de sus ingenios y cuán grande y extraña era su habilidad...¹⁹

Al referir y juzgar las grandes representaciones de divinidades, Las Casas no puede escapar del todo al gusto y estética de su tiempo, ni a su íntimo sentimiento cristiano que le hacía ver en aquellas obras —como a todos sus contemporáneos— imágenes del demonio. Las encuentra generalmente “espantables” y “horribles”. Y sin embargo, en algunos casos parece que hay en él una cierta apertura hacia esas obras. No es que las encuentre bellas, pero sí, de alguna manera, parece admitir la posibilidad de una belleza en ellas, aunque él no sea capaz de apreciarla. Esta apertura debe ser considerada en el pensamiento lascasiano junto con su teoría sobre los sacrificios humanos, aunque, evidentemente, tenga mucha menor importancia que aquella. Puesto frente al problema de los sacrificios humanos, Las Casas los rechaza como buen cristiano, y no obstante entra en complicadas disquisiciones para explicar que, si bien esas ofrendas eran detestables en sí, no por eso eran menos valiosas, puesto que mostraban un grado altísimo de religiosidad en los indios; los indios hacían aquellos sacrificios a los demonios —y por eso eran malos— porque el mismo Maligno los había engañado haciéndoles creer que a él debían reverencia; pero el hecho de ofrecer lo más preciado —la vida del hombre— a quien ellos creían que debían adorar, era un acto bueno en sí. En lo referente al arte, Las Casas encuentra soluciones en cierto modo parecidas. Lo que más asemeja ambas actitudes es el esfuerzo de fray Bartolomé para colocarse en una perspectiva que podemos calificar de relativista.

Si bien nunca lo expresa claramente —y sería inútil tratar de encontrar en él una doctrina estética conciente— el padre Las Casas admite la posibilidad de una “belleza para los indios”, aunque ésta no sea la Belleza absoluta. En ocasiones esto se manifiesta con signo contrario, únicamente como disculpa: al hablar, siguiendo a Gómara, del templo de Quetzalcóatl en Tenochtitlán dice que “La entrada deste templo era de la hechura de una boca de sierpe grande y pintada de la manera que en *nuestra Castilla* se suele pintar la boca del infierno”;²⁰ esto es, no se trata de algo horrible en sí, sino de algo horrible porque así estamos acostumbrados a verlo.

Más claro se muestra el pensamiento, ahora con signo positivo, cuando, al hacer una comparación entre los templos mexicanos y los de Roma, Tebas, Menfis y Atenas, señala que los templos de México, Texcoco, Cholula y Tlaxcala “eran edificados por tan sutil artificio y mostraban tan sumptuosa magnificencia, a la cual respondía tanta hermosura de pinturas y ornatu de lo que *entre aquellas gentes* se tenía por adornamiento y hermosura...”;²¹ esto es, aunque él no lo vea hermoso, reconoce que para quienes lo hicieron era hermoso, o sea, que deja abierta la posibilidad de una belleza en aquellas obras. E incluso llega Las Casas a cierto tipo de interpretación que pudiera parecer muy moderna, cuando después de describir minuciosamente una gran escultura azteca y la prolijidad de sus detalles, nos dice: “Todas estas figuras no eran disparates sino que de cada cosa daban su razón y tenían su alegoría.”²²

De esta manera, pues, aproximándose por aquellos costados que más accesibles eran a su condición personal, y llegando después a posiciones mucho más abiertas y seguramente novedosas en su momento histórico, Las Casas consiguió rescatar como válidos muchos aspectos del arte indígena. Así daba satisfacción a su doble problema, en la vertiente que pudiéramos llamar sentimental, y por la que repudiaba dar juicios negativos sobre los indios; y en la vertiente que pudiéramos llamar lógica, y por la que necesitaba un juicio positivo que funcionara dentro



Escultura de un puma

de su complicada, rígida, aristotélica demostración de la plena racional del indio. De modo que Las Casas pudo cerrar la parte de su tratado que se refiere a los artífices de la manera siguiente:

...pues si los efectos son testigos demostrativos de sus causas, según se dice en el libro de las *Causas* y por el Filósofo en el tercero de *Phisicos*, y todas las admirables obras que arriba habemos referido haber hecho y hacer cada día estos indios, no pueden ser hechas ni imaginadas sin grande y admirado ingenio y juicio; luego ninguno que tenga seso podrá osar pensar, menos boquear, que estas gentes no sean ingeniosísimas y de grandes y señalados entendimientos, porque manifiesto es solerse decir por esta causa que la obra alaba al oficial o maestro.²³

¹ Rodríguez Prampolini, Ida: “El arte indígena y los cronistas de la Nueva España”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 17 (México, 1949).

Fernández, Justino: *Coatlícue. Estética del arte indígena antiguo*. México, UNAM, 1945 (Ediciones del IV Centenario de la Universidad de México. Centro de Estudios Filosóficos).

² Fernández, Justino: *El Retablo de los Reyes. Estética del arte de la Nueva España*. México, UNAM, 1959 (Instituto de Investigaciones Estéticas).

³ V. gr.: *Apologética*, cap. 219; cap. 224.

⁴ *Apologética historia sumaria cuanto a cualidades, disposición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condiciones naturales, policías, repúblicas, maneras de vivir e costumbres de las gentes destas Indias occidentales y meridionales, cuyo imperio soberano pertenece a los reyes de Castilla*. La primera edición completa la hizo Serrano Zanz (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, tomo I, Madrid, 1909); la segunda edición, preparada por Pérez de Tudela repite la anterior sin mejorarla substancialmente (Biblioteca de Autores Españoles, tomos 95-96, Madrid, 1957); una nueva edición, encargada por el Instituto de Historia de la UNAM al Dr. Edmundo O’Gorman —quien la preparó con el auxilio de su seminario de historiografía de la Facultad de Filosofía y Letras— está actualmente en prensa: ella sí mejora notablemente las dos anteriores, tanto por el cuidado y revisión del texto, como por el aparato crítico.

⁵ *Apologética*, “Argumento”.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ No hay que perder de vista que nuestro concepto de *arte* empezó a tener un sentido cercano al actual apenas a partir del Renacimiento. Las obras artísticas indígenas a que en estas páginas nos referimos, no eran artísticas en ese sentido ni para sus autores ni para el mismo Las Casas.

⁹ “Como si la Divina Providencia en la creación de tan innumerable número de ánimas racionales se hobiese descuidado”, dice Las Casas respondiéndole a quienes llaman incapaces de pleno raciocinio a los indios. *Apologética*, “Argumento”.

¹⁰ Para una buena comprensión de la estructura de la *Apologética* remitimos al estudio del Dr. O’Gorman que aparecerá en la edición de esa obra a que ya se hizo referencia.

¹¹ *Apologética*, cap. 120.

¹² El Dr. Justino Fernández ha hecho notar cómo en otros cronistas se presenta esa facilidad para aceptar la arquitectura. No está de más recordar, por otra parte, que cuando el P. Márquez en el siglo XVIII, con todo su neoclasicismo a cuestas, rescata algunos valores indígenas como valores artísticos, fue precisamente la arquitectura su piedra de toque.

¹³ *Apologética*, cap. 49.

¹⁴ *Apologética*, cap. 49.

¹⁵ *Apologética*, cap. 52.

¹⁶ *Apologética*, cap. 62.

¹⁷ *Apologética*, cap. 63.

¹⁸ *Apologética*, cap. 62.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Apologética*, cap. 51.

²¹ *Apologética*, cap. 132.

²² *Ibid.*

²³ *Apologética*, cap. 64.